

4

Erasmus, padre del Humanismo europeo

4.1. Vida, obra y pensamiento

También el Humanismo alemán es deudor del italiano, si bien éste manifiesta un carácter más intelectual. La imprenta, la economía urbana, la filosofía cusiana y la orden de los "Hermanos de la vida común", contribuyeron a una súbita eclosión del Humanismo germano.

Los Hermanos se introducen en el mundo de la enseñanza —para pobres— con su rector (de 1465 a 1492) Alejandro Hegius. Organizada la enseñanza, de modo gradual, en ocho cursos y dos grados —elemental y superior— imparten en el primero, Lecto-escritura y Cálculo, y Humanidades con Matemáticas, Filosofía (Platón y Aristóteles) Teología y Derecho romano, en la segunda.

Para llevar a cabo el programa, modo didáctico, se distribuye el número de alumnos en pequeños grupos y se utilizan manuales escolares y pequeños epítomes de textos clásicos.

Este sistema de enseñar alcanzará a los Países Bajos, Francia y otros puntos de Europa; y, a fe que debió de ser eficaz, pues de sus aulas salieron Nicolás de Cusa, Rodolfo Agrícola, el citado Hegius y el propio Erasmo; todos ellos militantes en un misticismo educativo, propio del "Humanismo del bajo Rin", primer foco del humanismo germano.

Núremberg, centro impresor de primer orden equiparable al de Lyon en Francia, es el segundo foco del Humanismo alemán, con la



prestigiosa actividad del helenista, astrónomo y matemático, Juan Müller (†1576), alias *Regiomontanus*, y sus obras *Calendarium* (1475) y *Gorgii Purbachii epitome in Ptolomaei magnam compositionem* (1543); de Humanismo racionalista y científico cabe calificar este segundo foco. Punto de encuentro y media aritmética entre el humanismo del bajo Rin y el de Núremberg, es el *del Alto Rin* con sedes secundarias en Alsacia y Suabia, y principal, en Basilea con el pontífice del Humanismo europeo, Desiderio Erasmo de Rotterdam. Es Basilea ciudad universitaria desde 1459 y centro de cultura teológica y humanista a partir de 1431, fecha de celebración de lo que empezó como un sínodo y acabó siendo un Concilio —Concilio de Basilea—; en él intervino el humanista Eneas Silvio Piccolomini, futuro Pío II, que, por cierto, se muestra conciliarista o defensor del poder del Concilio sobre el Papa, defendiendo la tesis contraria al acceder al pontificado con aquella célebre frase de su bula *In memoribus agentes*, “Aeneam recite, Pium recipite”. Basilea, de otro lado, cuenta con editores como Fröben, Amerbach, Bergmann, Richel o Micahael Wensler, que inundan con sus ediciones los centros humanísticos europeos. Basilea presume de Erasmo y su prestigiosa actividad humanística y pedagógica, que cuenta con el antecedente de Rodolfo Agrícola (†1585) y su *De formando studio* con pretensiones de enseñar a pensar, juzgar y expresarse críticamente; también con Jacobo Wimpfelin (†1528) y su *Preceptor germánico*, o exposición de códigos por los que debe regirse un buen maestro; y por supuesto, con Hans Reuchlin (†1522), fundador de los estudios hebraicos en Alemania y gran helenista, como pone de manifiesto en su *Rudimenta hebraica* (1506) y en su *Micropoedia, seu grammatica graeca* (1487), respectivamente; en Reuchlin tuvo Erasmo el precedente más inmediato en el estudio directo de las Sagradas Escrituras y en la crítica a la corrupción de las órdenes religiosas.

Geer Geertsz de Rotterdam, que éste es el verdadero nombre de Erasmo (1446-1536), era —en el decir de Huizinga— “de estatura mediana, bien formado, de fina tez, con cabello rubio y ojos azules, rostro alegre, manera de hablar muy clara, pero con voz débil” (Huizinga, 1946: 169).

Así parece ser este *doctor universalis*, este “príncipe de la ciencia”, “padre de los estudios” y “luz del mundo”, pues con estos títulos fue reconocido en vida.

A tal cima llega su fama como intelectual, escritor comprometido y humanista, que Carlos V le brinda un puesto en su Consejo; Enrique VIII, Fernando de Austria y Francisco I se lo disputan para sus respectivos reinos. No ha de sorprender, por tanto, que Hans Holbein lo retrate en sus lienzos varias veces, al igual que Alberto Durero o Matsys, coincidiendo todos ellos en la captación de los caracteres que lo definen como intelectual, hombre de exquisita espiritualidad y trabajador de la inteligencia. Se percibe en cualquier caso, y sobre todo en el retrato de Holbein, unas manos plenas de debilidad, nariz sobresaliente, ojos profundos, rostro cansado y pensativo a la vez; no disfrutó de buena salud, ciertamente, este hipocondríaco afectado del mal de gota, y maníaco de la limpieza y de la higiene.

Hijo de sacerdote y huérfano de madre tempranamente, Erasmo estudia en Gouda las primeras letras y luego, en los Colegios de los “Hermanos de la vida común” de Deventer (1475-1484) y de Hortogenbosch (1484-1487), Humanidades, con evidentes progresos en las lenguas clásicas. En 1486, pronunciará sus votos en el convento agustino de Gouda, donde permanece cinco años y es ordenado sacerdote por el obispo de Cambrai (1492), si bien no ejerce su ministerio; luego vendrán sus viajes de estudio a París (1495), para seguir los cursos de teología, hospedándose en el Colegio de Montaigu, que abandona enfermo; se dirige a Orleans, ciudad en la que es huésped y alumno del profesor de Derecho Canónico Jacques Tutor. Hacia 1499 marcha a Inglaterra para completar sus estudios clásicos, recorre Londres, Cambridge y Oxford, y traba amistad con Tomás Moro y John Colet. Regresa de nuevo a París y Orleans, para pasar luego a Lovaina (1502) y Rotterdam, donde entra en contacto con eruditos e intelectuales e incide en la investigación y estudio de la Biblia, de la lengua hebrea y de los Santos Padres.

Hacia 1506 le vemos de nuevo en Inglaterra, donde es nombrado bachiller en Teología por Cambridge; pasa a Italia (1506-1509) y en Turín se le confiere el grado de doctor en Teología, dedicándose en Bolonia a perfeccionar su estudio de la lengua griega; visita luego, Florencia, Venecia, Padua (con Aldo Manucio) y Roma (1509), donde hace amistad con Juan de Médicis (León X) y Pedro Bembo. A finales de 1509 está en Inglaterra,

en casa de Tomás Moro, donde compone su *Moriae encomium*. Tras una corta visita a París regresa a Cambridge para desempeñar, de 1511 a 1514, las cátedras de Teología y Lengua griega, amén de editar su *Novum Testamentum* y algunos trabajos sobre los Padres de la Iglesia. De 1514 a 1516 hace su primer viaje a Basilea. Todavía en 1518, León X le invitará a regresar a Italia, al igual que lo hace Carlos V y otros monarcas. A partir de 1521, ya en el cenit de su gloria, y desde Basilea, se convierte en el intelectual más solicitado de Europa, sin contentar, sin embargo, ni a católicos ni a protestantes, al optar siempre en sus decisiones por la *via media*. Y en Basilea morirá este sacerdote sin ejercicio ministerial y sin recibir los sacramentos de la Iglesia.

Su gran erudición, su talento y su talante no le privaron, pese a su moderación, de polémicas con instituciones y personas. Uno recuerda, sin esfuerzo, las sostenidas con Lefèvre d'Étaples en París (1520); con D. L. Stúñiga de la Universidad de Alcalá (1520); con Noël Berdier de la Sorbona (1522); con el alemán Ulrico Von Hutten (1523); con Lutero, la más célebre, en torno al libre arbitrio (1524); o con Alberto Picó en Italia (1525-29).

A Hutten le contesta en su *Spongia Erasmi*; a Lutero en *De libero arbitrio* y en *Hyperaspistes diatribae* (1526). No estuvo a mal, sin embargo, con los grandes humanistas europeos; es más, diríase que mantuvo con ellos estrecha amistad intelectual y social, y su *Epistolario* da fe de tal afirmación. Sirvan de ejemplo la amistad con Luis Vives y el gran concepto que de él manifiesta: "Luis Vives [...] ha progresado tanto en las bellas letras, en la elocuencia, en la facilidad de hablar y de escribir, que apenas encuentro a nadie con quien poder compararlo" (Vives, 1987: 145); no tiene menor estima y aprecio intelectual por la Universidad Complutense que "no alcanzó la fama de su nombre sino en la conjunción de las lenguas y de las bellas letras"; o por Nebrija, al que llama con justicia "principal ornamento" de la Complutense y "egregio anciano, digno, ciertamente de aventajar a los Néstores" (Vives, 1978: 198); o, si se quiere, por no citar sólo figuras patrias, su estima por Moro, Budé o Melanchthon, a los que siempre se dirige con el calificativo de "carísimo", en su correspondencia epistolar. "Saluda en mi nombre a Erasmo" dirá Budé a Vives; "en casa de Moro no he hallado ningún Séneca" advierte Vives a

Erasmo; "porque, ¿quién hay que aventaje a Vives en tan importantes materias?"; escribe Moro a Erasmo. Los ejemplos podrían reiterarse al límite del abuso y lo expuesto es más que suficiente para aproximarse a la comunión intelectual de los humanistas referidos con Erasmo.

Cierto que el Humanismo renacentista europeo manifiesta algunos caracteres diferenciales, aunque haya plena concordancia en lo esencial; así en Francia, se caracteriza, en la forma, por la concepción del idioma literario como producto del Renacimiento, y en el fondo, por su apuesta por el individualismo y escepticismo epicúreo. En Inglaterra se propone la consecución del *gentlemen*, del hombre de Estado; en Alemania, el Humanismo ostenta un carácter filológico, en el que la didáctica se convierte en teoría de la enseñanza; en España, por último, la filología se pone al servicio de la teología en la búsqueda de un Humanismo cristiano. Erasmo, de cualquier modo, expresará su ideal humanístico lacónicamente y en términos precisos:

Hemos puesto empeño en descubrir las fuentes de la piedad y de la religiosidad; nos hemos esforzado con el mayor interés en restituir a su antiguo esplendor la teología mucho más inclinada a cuestiones sutiles y agudas que a las necesarias (Vives, 1978, 195).

Ideal que desembocará en un moralismo estetizante, y aun en un cristianismo racional y natural del que dan buena cuenta sus obras.

No es escasa la producción literaria de Erasmo, personaje que prácticamente nació, vivió y murió en el gabinete de trabajo del que no salía sin escribir de 20 a 30 cartas diarias. De 1500 a 1529 escribe sobre veinticuatro obras, sin contar sus ediciones de autores clásicos y de los Santos Padres.

Nos corresponde, ahora, anunciar la nómina de obras respetando el turno de aparición cronológica; dato no valdío para entender la evolución y la actitud del quehacer vital e intelectual de Erasmo, si bien ha de valer la observación de la no coincidencia temporal, a veces, entre lo que se escribe y lo que se publica. Es el caso del *Enchiridion militis Christiani*, escrito en 1501 y publicado en la colección *Lucubratiunculae* en 1504. Verdadero manual

de teología popular sin dogmas, que observa como fuente de inspiración las Sagradas Escrituras, a los Santos Padres y aun a Platón es el *Enchiridion*.

“He intentado procurar al lector —advierte— una especie de arte de piedad como otros han escrito la teoría de otras ciencias.” Así de frío y calculador, pretende una religión de la humanidad en la que Cristo, como maestro de virtud, sea el centro: “*Christum ex fontibus praedicare*”.

Hay crítica a la devoción externa de ceremonias litúrgicas y de superstición religiosa. Hay apelación al hombre interior (capítulos IV y VI) que mira y tiende hacia una religión interiorizada, humanizada, que extrae de la observación de ciertas reglas generales de conducta (cap. VII) —*veri christianismi*— del verdadero cristianismo. Hay, sin duda, intención de reducir el cristianismo a filosofía cristiana. Pese a todo, el *Enchiridion* únicamente fue expurgado (Basilea, Froben, 1515).

En 1505 publicó *Annotationes in Novum Testamentum* de Lorenzo Valla, teniendo en cuenta el manuscrito que halló en el monasterio de Parc, próximo a Lovaina.

Este mismo año sale en París la edición de sus *Adagia* por Juan Philippi, que se verá aumentada en sucesivas ediciones: *Adagiorum chiliades tres...* (Venecia, Aldo, 1508), *Adagiorum chiliades quatuor* (Basilea, Froben, 1515) y *Adagiorum epitome* (Amsterdam, Elzevir, 1650). Son los *Adagios*, una especie de enciclopedia de proverbios de los pueblos antiguos y modernos, sacados de obras griegas, latinas y hebreas y comentados desde la experiencia y el buen sentido, con intención de formular una moral universal. En cierto modo, los *Adagios* suplieron a la biblioteca personal con sus textos griegos y latinos comentados. Ciento treinta y dos ediciones vieron los *Adagios* en el siglo XVI, pues no en vano fue el manual escolar de Europa, con pretensiones de formar el tipo moderno de hombre europeo.

Erasmo viajará hacia finales de 1509 a Inglaterra —cual se dijo—, alojándose en casa de su amigo Tomás Moro; y es aquí precisamente donde escribe su *Elogio de la Locura*, o *Morias Encamión id est, Stultitiae Laus* (París, 1511), que le dedica; su mejor obra, sin duda, plena de creatividad, originalidad y fantasía, donde hay un maestro que enseña y un público fervoroso que le escu-

cha y sigue. El *Elogio* no es sino una sátira a las distintas clases sociales de las que la Iglesia lleva la peor parte, y la mejor el pueblo. Hay en la *Stultitiae Laus* nómina de pecados de la Iglesia y dura y hasta excesiva crítica a la jerarquía (Papa, cardenales...). Se da confrontación consciente entre el Papa y Cristo, entre la curia y los Apóstoles; se pretende un cristianismo evangélico con nuevos códigos sociales, religiosos y educativos, pues siendo “motor de la vida, energía vital”, la locura, al final es cordura.

Para corresponder a su nombramiento de consejero del príncipe Carlos V, escribirá Erasmo la *Institutio Principis Christiani* (Basilea, Froben, 1516). No es la *Institutio* sino una reflexión moral, y no tanto política, en torno a los deberes y educación general del príncipe; asuntos como su nacimiento, educación de las artes, de la paz, de la beneficencia del príncipe, de los cargos públicos, de las ocupaciones y de la declaración de guerra, llenan las páginas de la *Educación del Príncipe cristiano*. ¡Cuán diferente del Príncipe de Maquiavelo! Encierra la *Institutio* toda una apología en torno al pacifismo: “la guerra —escribe Erasmo— origina el golpe, el naufragio de todos los bienes, y hace salir de su cauce la inundación de todos los males” (Erasmo, 1964: 341). Esta obra se completa y forma trilogía —en el tema de la paz— con *Dulce bellum inexpertis* —La guerra es bella para los que la ignoran— inserta en los *Adagios* de 1515, y *Querela pacis* de 1517; obras en las que no sólo hay elogio de la paz universal en aras de concordia entre los pueblos, sino también llamada desesperada a los reyes y príncipes para un mundo mejor, proponiendo para ello, la celebración de un Concilio Universal en su *De amabili Ecclesiae concordia* (Friburgo, 1535).

En su época parisina escribió Erasmo para Mountjoi su *Encomium Matrimonii (Elogio de matrimonio)*, que no se editará sino en 1517 y que se completa con la *Institutio christiani matrimonii, (Acerca del matrimonio cristiano)*, publicada en 1526 y dedicada a Catalina de Aragón, y en la que se proclama el amor como elemento sustentante, frente al contrato propuesto por Luis Vives.

El origen de los *Coloquios* es meramente didáctico, pues fueron redactados en 1500 en París para uso del alumnado en el aprendizaje del latín, y publicados en 1518 en Basilea por Fro-

ben sin permiso de su autor, bajo el título de *Familiarium Colloquiorum Formulae*; estas fórmulas de conversación con correcciones y diálogos añadidos por Erasmo, ven la luz en Lovaina en 1519 con edición de Maertusz; y, todavía con nuevos añadidos y bajo la denominación de *Familiarium Colloquiorum opus*, salen a la venta en 1526, cuando ya se llevan veinticinco ediciones de los mismos.

Es esta nueva obra, desde el punto de vista filosófico y religioso, bastante osada, y con pretensiones, sin duda, de formular una ética cristiana en la línea del *Enchiridion*. Se sirve de la fina ironía no exenta de impregnación satírica, siendo el propio Erasmo el que expresa sus opiniones por boca del personaje principal; una sociedad en paz, tolerante y de buenas costumbres se vislumbra en estos diálogos, ágiles, vivos e ingeniosos en el fondo y en la forma, pues no en vano le otorgaron el título del "Voltaire del siglo XVI", y le merecieron la condena de la Sorbona.

Hay otra obra de estas fechas (1520), aunque gestada anteriormente, que es toda una apología crítico-satírica contra la ignorancia monacal. Se trata del *Antibarbari* (*Contra los bárbaros*), en la que hay condena expresa de la falta de formación humanística de los monjes (elocuencia y poesía), así como de la observancia servil a la Regla.

Un pequeño grupo de obras manifiesta el pensamiento y actitud de Erasmo respecto a la reforma protestante, asunto éste sobre el que pretendió permanecer independiente sin lograrlo del todo. A tal responde la *Spongia Erasmi adversus aspergines Huttenii* (1524), que no es sino la respuesta de Erasmo a la *Expostulatio* de Ulrico de Hutten; al grupo pertenece también su *Collatio de libero arbitrio* (1524) contra Lutero, que le responde con su *Hiperaspistes diatribae* (1526), en la que mantiene la tesis de la libertad del hombre y su conformidad "con esta Iglesia hasta que vea otra mejor", dado que para Erasmo la Iglesia católica es la mejor, no la verdadera. Contamos con otra serie de obras que corresponden al ámbito del enseñar, unas, y al ámbito del educar, otras. Señalamos, entre las primeras, amén de los citados *Coloquios*, *De copia verborum et rerum* (1512) —*De la abundancia de las palabras y de los conceptos*—, especie de antología literaria de autores clásicos con ejemplos y un vocabulario elemental; y, asimismo, *De*

conscribendis epistolis (1522) —*Sobre el modo de escribir cartas*— o arte de escribir cartas en latín entre las segundas —básicas para nuestro estudio— hay que traer aquí, *De pueris ad virtutem ac literas liberaliter instituendis* (1501), —*De cómo los niños precozmente deben ser iniciados en la virtud y las buenas maneras*—, en la que Erasmo traza los elementos constitutivos y significativos de la educación; también *De ratione studii* —*Sobre el modo del estudio*—, serie de consejos a los niños para su educación literaria; y, por supuesto, *De civilitate morum puerilium* (1530) o —*De la urbanidad en las maneras de los niños*—, en la que el cultivo del cuerpo, basado en la estética y las buenas maneras, entra de lleno en los códigos educativos por vez primera.

En su última etapa habrá que ubicar el *Opus epistolarum* (1529), o *Cartas* en las que hay nómina de asuntos políticos, religiosos, culturales y educativos, fruto de la correspondencia epistolar sostenida con reyes, príncipes, eclesiásticos y humanistas europeos de la época; en *Ciceronianus* (1528), crítica Erasmo la servil imitación de Cicerón en la persona ridiculizada de Nosopono que emplea siete años en la deducción de un vocabulario ciceroniano. Una fina erudición práctica y moral se advierte en las breves sentencias y dichos de "reyes, príncipes ilustres y de algunos filósofos insignes y memorables, y de otros varones antiguos" en los *Apotegmas*, o *Apophthegmatum opus, sive scite dictorum libri sex*, editados en Basilea en 1532, traducidos a nuestro idioma por Francisco Tamara y publicados por Esteban Nágera en 1552 en Zaragoza.

Tal producción literaria y su alta calidad filosófico-moral, otorgan a Erasmo el rango de intelectual de la aristocracia de la inteligencia, ensimismado de sí mismo, sin apenas roce con la autocrítica; crítico sagaz, por el contrario, dirige sus juicios contra el sector que conoce y del que forma parte, la Iglesia. No posee Erasmo conocimiento racional de la política, razón por la que no la ataca, y cuando de ella se ocupa —léase el tema de la paz— lo hace en códigos éticos que no políticos.

Y es que este filólogo eminente, amante de la paz y de la justa razón, milita en un cristianismo laico en el que las *bonae litterae* tienen una buena parte, y la ambigüedad su sitio: "De uno y otro lado (católicos y protestantes) me apremian y, con qué

odiosidad no te lo podría decir”, escribe a Vives desde Basilea en 1524.

Su objetivo como intelectual, de cualquier forma, es claro, abrir las fuentes de la verdadera piedad y religión: “Me empeñé en restituir a su primitiva majestad la teología, que se había apeado de su soberanía y deslizado y corrido hacia cuestioncillas sin sustancia, más adelgazadas que provechosas, y con tan frenético enfurecimiento se ensañan contra mí como si hubiera cometido un sacrilegio” (Erasmo, 1978: 195).

Convencido de su misión en el mundo de las letras, se interroga con sinceridad y extrañeza: “Criticar las costumbres de los hombres procurando no zaherir a nadie particularmente, ¿es mordacidad desatinada o más bien consejo y enseñanza?” (Erasmo, 1936: 33). No existe en su crítica remordimiento sino convencimiento del deber cumplido, con pretensiones de enseñar. Escuchémosle:

¿Qué he de decir de aquellos que engañan agradablemente al pueblo con indulgencias falsas y que calculan con clépsidra la duración del Purgatorio midiendo sin equivocarse y con una precisión matemática los siglos, los años, los meses, los días y las horas que las almas han de permanecer en él?

Sin duda, el Papado está presente; mas el juicio que le merece el cuerpo de teólogos, el colectivo de frailes y aun el pueblo es el que sigue: advierte de los primeros, “aparecen por teólogos consumados aquellos que hablan más bárbaro y duramente y se expresan con tal oscuridad que nadie sino ellos mismos puede comprenderlos”; refiere de los segundos: “La mayor parte de ellos conceden tanta importancia a sus ceremonias, que piensan que el Paraíso no es bastante recompensa para tan grandes merecimientos, sin tener en cuenta que a Cristo, despreciando todas esas zarandajas, solamente le interesará si han sido fieles al precepto de la caridad, que es el fundamento de su ley”; afirma del tercero y de su *falsa devotio*, que cada comarca tiene su patrón y cada santo sus atribuciones (para parturientas, para naufragos, para objetos robados...) y concluye severamente: “¿Y acaso se pide a estos santos otras cosas sino aquellas que tienen íntima relación con la sandez?” (Erasmo, 1936: 86).

Es así como Erasmo convierte la teología en filología y la crítica en método, con la fórmula de la ironía y de la sátira en la forma y la erudición bíblico-clásica, no exenta de razón y pasión, en el fondo.

Y es que para Erasmo todo el árbol frondoso de su doctrina ético-moral, hunde sus raíces en la fértil tierra de la Biblia y de los clásicos, con manifiesta intención de educar, en aras del cultivo y del esfuerzo de la propia voluntad.

4.2. La razón como vía media y las nuevas bases de la educación

Al cultivo de la voluntad en el ámbito de la educación moral, une Erasmo el de la razón, el de la “recta razón”. Criatura frágil con naturaleza entre la animalidad y la racionalidad es el hombre; y aunque todo hombre tiene su manera de ser propia, cuenta *post peccatum*, con la voluntad activa y la recta razón —*media quaedam ratio*— para conciliar animalidad y racionalidad, propias de la condición humana. En suma, el *in medio consistit virtus* queda superado, en la teoría de la recta razón erasmiana, al añadir medida, mesura, prudencia entre los opuestos, convirtiéndose en elemento clave de su teoría pedagógica y de su reflexión política.

Erasmo tiene fe en la educación a la que corresponde la conciliación y la jerarquización entre instinto y razón, tomando a la justa razón como vía media, devolviendo a la naturaleza “su dignidad y su poder para el bien”.

Y tal “devolución” es posible, pues para Erasmo ni la libertad debe separarse de la disciplina, ni la naturaleza de la moral. Y es, ahora, cuando entra en juego la posibilidad y la necesidad de la educación. “La fuente de toda virtud —dirá en *De pueris*— es la educación deligente y esmerada... especialmente reservada a los seres humanos”, razón por la que los animales poseen unas destrezas, que el hombre no alcanza, si bien para compensarlas se “le infundió una mente capacitada para toda suerte de disciplinas” (Erasmo, 1964: 923).

Y a esta posibilidad educativa se añade la necesidad activa, pues, ¿quién ha de ser tan ignorante que ponga el mayor esmero

en el cultivo de los campos, construcción de los edificios y “en cambio en la educación y formación de los hijos, en cuya gracia se llevan a cabo todos los restantes aparejos, pone atención tan escasa, que ni se preocupan de averiguar cuál sea su vocación ni consulta el parecer de personas sensatas”?

No es la fe sino la razón, como se ha observado, el elemento sustantivo y sustentante de la educación, por lo que no se pretende el hombre cristiano, sino el hombre formado como fin.

Las bases, de cualquier modo, en las que coloca Erasmo la educación del hombre son, naturaleza, razón y ejercicio, y, a ellas vamos a referirnos. Y, ¿qué entiende Erasmo por *naturaleza*? “Doy el nombre de naturaleza a la docilidad y propensión, profundamente arraigadas para las buenas acciones”, dirá en el *De pueris*. La docilidad no es sino aptitud y la propensión, tendencia y así lo advierte Erasmo cuando formula este interrogante: “¿Cómo es posible que sea indócil para las letras una edad que ya es apta para la formación de las costumbres?” ¿Hay dudas? Escuchémosle de nuevo: “Ese afán de mimetismo puede proporcionar la primera conjetura de su ingenio y de su docilidad”. Con más claridad: “Y luego que comencare a hablar, ya es hábil para aprender letras. La principal razón consiste en que posee docilidad” (Erasmo, 1964: 931, 938).

Este optimismo antropológico es limitado, pues, “ese mimetismo tiene más acentuada propensión para la malicia que para la bondad”. Ahora bien, como “la naturaleza cuando te da un hijo, no te entrega sino una masa ruda, tu deber es comunicar a la materia que obedece y sigue dócil, la mano que la modela, el bien parecer y la condición mejor. Si no lo cumples, tienes una bestia; si prosigues en tu desvelo, tienes por decirlo así un dios”. De aquí que en este proceso educativo, sea imprescindible explorar y ayudar la naturaleza, como primer paso y así lo afirma cuando escribe: “Yerran los que creen que la Naturaleza no ofreció en el hombre signos por los cuales se pueda conocer su ingenio”; y en otro pasaje: “Existen casos en los que podemos ayudar a la Naturaleza de una u otra manera”.

Erasmo está en el convencimiento de que “apenas existe disciplina para la cual el hombre nazca más o menos dócil, si se insiste en sus preceptos y en su práctica” (Erasmo, 1964: 939).

De ahí la necesidad de iniciar tempranamente el proceso educativo, ya que existe docilidad o aptitud y las primeras impresiones son indelebles: “Apenas puede explicarse —advierte— la importancia que revisten para todo el discurso de su vida estas primeras impresiones de la infancia”. Y es aquí cuando entra en juego la educación maternal, que se inicia “con que la madre alimente a su retoño” y “se le confie a un preceptor escogido entre muchos, si bien sería preferible que la edad pueril no se encomendara a un educador mercenario, sino que sea instruido por los mismos padres”, afirma con convencimiento. De no actuar así se incurre en el triple pecado pedagógico: descuido, tardanza o ignorancia docente.

El objetivo educativo queda señalado directa y claramente en estos términos por Erasmo: “Así que tú debes tener el propósito preconcebido de procurar que un niño de tantas esperanzas, así que hubiere crecido algún tanto, sea iniciado en las buenas letras, instruido en las más honestas disciplinas y formado y aleccionado por los más saludables preceptos de la filosofía” (Erasmo, 1964: 920).

No anda sola la naturaleza en el proceso de la educación, pues como el mismo Erasmo escribe: “La Naturaleza ha menester de la razón y el ejercicio, si la razón no lo gobierna, anda expuesto a muchos peligros y errores”. Y cual si se le preguntase, anota a renglón seguido: “Llamo razón a la doctrina constituida por avisos y por preceptos. Y denomino ejercicio al uso de aquel hábito de que la Naturaleza proveyó y al que la razón dio crecimiento” (Erasmo, 1964: 931).

Valga, en todo caso, la observación erasmiana de que “la razón quiere docilidad, y el ejercicio exige trabajo”. Hay en Erasmo toda una apología de la razón como elemento esencial y conformador del hombre. No puede decirse con mayor convencimiento y claridad: “La razón es la que hace al hombre y la razón no cabe donde todo se ejecuta al dictado de las pasiones” (Erasmo, 1964: 925).

Y en ese hacerse el hombre, es la razón la que observa concordancia, equilibrio y jerarquía entre animalidad y racionalidad, y cuando tal acaece, se dice que el hombre “vive al dictado de la razón”. A la recta razón se oponen el instinto y la ignorancia; y

con la razón comulgan la libertad del espíritu, que juzga; y la capacidad de elección, que determina.

En ayuda de la naturaleza y su restauración, amén de la razón, viene el *ejercicio*, concebido como hábito. Si la misión de la razón es la elección y la disposición, al ejercicio corresponde la fijación hallada mediante la repetición; y a la voluntad, la ejecución. En la pedagogía del ejercicio o trabajo no hay lugar para la indolencia, “que es cobardía de la vida, pues cuando languidece el espíritu, se consume el cuerpo con la inercia” (Erasmo, 1977, III: 71).

El único límite que observa el ejercicio es la capacidad, pues hay que poner en equilibrio querer y poder: “Intenta solamente aquello que puedas hacer, no sea que oprimido por el peso del esfuerzo, sucumba tu trabajo y tengas que abandonar lo que en vano intentas” (ibíd., 75).

De modo que el conocer acarrea el hacer, ya que si el primero desarrolla el ingenio, el segundo proporciona la práctica, haciendo cierto el adagio de que “no se sabe nada que no se sepa hacer”, así como la afirmación erasmiana: “Fácilmente entra en el alma de todos lo que está absolutamente conforme con la naturaleza”.

Expuestas las bases de la educación según Erasmo, insistiremos, ahora, en las *nuevas tendencias* o tipos de educación por él propugnados.

En la línea de la “pedagogía de la interioridad”, expone Erasmo la educación del hombre interior: aquel que cultiva su conciencia y espíritu desde la razón; hombre exterior es aquel que guía su cuerpo o carne desde el instinto. Hay pues, en Erasmo y su *Enchiridion* (1932: 174), oposición severa entre la carne y el espíritu, y del predominio de la una o del otro surge el hombre racional o el hombre animal. De modo que sólo cuando el espíritu está sobre la carne, se vive moralmente, se está educado. Este dirigir la naturaleza desde la razón, no es tanto de reforma de costumbres cuanto reforma mental, intencional, de criterio; de ahí la importancia de la razón y sus juicios en el proceso de la elección entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso... Es aquí donde radica la justificación teórica de la educación, que Erasmo expone en las reglas del *Enchiridion*, (1932: 218 y ss.): “Hay

que tener en poco —nos dirá en la Regla V— las cosas visibles y levantarse sobre las invisibles”; y más adelante: “Vale más saber poco y amar a Jesucristo mucho, que mucho saber y amarle poco” (ibíd., 221). Quiere ello decir que hay que levantarse de la carne al espíritu, y nada mejor para ello que partir desde el conocimiento de sí mismo, observar las reglas de conducta de vida interior, buscar el espíritu sobre la letra en la lectura de la Biblia y los Santos Padres, orar meditando y practicar el bien; todo ello con el amor que es la esencia de la “ley del espíritu”.”

Es así como la educación del hombre interior ostenta una dirección dual: la tendencia ético-moral y la formación del juicio o discernimiento; y aun manifiesta un claro objetivo: conseguir un hombre con “propio juicio”, opuesto al común de la gente; no es suficiente con seguir la norma de conducta común, sino comportarse según Jesucristo, cabeza visible del cuerpo místico al que todos pertenecemos. Sin duda, estamos ante una aristocracia intelectual y moral, donde el vivir está sobre el argumentar, en la línea de “muchos son los llamados y pocos los elegidos”.

Se trata de conseguir el hombre en su justo punto, en su punto medio, el hombre digno, que sabe pensar y elegir, que es capaz de dominar la animalidad desde la racionalidad con el esfuerzo de la voluntad. Y de la “educación del hombre interior” a la “educación del hombre exterior”. Subordinar el segundo al primero, no significa prescindir de su educación, más bien todo lo contrario, y en el proceso educativo, debe ser el cuerpo en el orden, el primero.

Toda la obra de Erasmo está plena de ideas y preceptos respecto a la educación del hombre exterior, o con menor precisión, educación corporal o estética; mas, es en *De civilitate morum puerilium* (1530), o *De la urbanidad en las maneras de los niños*, donde expone su teoría educativa al respecto.

Erasmo trazará el objetivo educativo y sus coordenadas jerárquicas sin ambages ni rodeos: “Primero que el joven espíritu pueda recibir las semillas de la piedad; después que pueda amar y aprender perfectamente los estudios liberales; tercero, que pueda ser preparado para los deberes de la vida, y, cuarto que desde sus primeros estudios sea acostumbrado a los rudimentos de las buenas maneras” (Erasmo, 1985: 19).

El primero en importancia educativa es el espíritu o formación moral; a continuación el estudio de las artes liberales (el conocimiento), y los deberes con obligaciones sociales; finalmente, la educación del cuerpo o las buenas maneras, que aun siendo la última, hay que iniciarla “desde los primeros estudios”; es decir, la primera.

En la teoría educativa erasmiana del hombre interior y exterior, todos los elementos correctores y conformadores de la misma están concatenados, observando necesaria e íntima relación. Si el cristianismo, con Cristo como centro, es concebido como una “liberación de la naturaleza oprimida por el pecado”, la educación, instrumento a su servicio, según se dice en la *sacra página et bonae litterae*, tendrá como primordial objetivo “corregir la naturaleza espontánea”; dicha corrección, racionalmente intencional y con el esfuerzo de la voluntad, se muestra al exterior en forma de comportamiento de la civilidad o de “las buenas maneras”. Hay, ciertamente, en Erasmo intención manifiesta de crear una ética interior que devenga en una estética de la liturgia del gesto, del orden y manera corporal. “Nadie —advierte— puede para sí elegir padre o patria; pero puede cada cual *hacerse su carácter y modales*” (Erasmo, 1985: 77). El subrayado es nuestro y justifica lo observado en torno a la ética y la estética.

El tratado o epítome de urbanidad responde a necesidades sociales y es pionero en su género. Hay que pensar que la Iglesia depositaria del saber y de la moral, consideraba el cultivo del cuerpo cuasipeccaminoso y uno de los enemigos del alma era la carne, según rezaba el catecismo. El introducir la cultura del cuerpo en el ámbito educativo es cuando menos, para la época, sorprendente, si bien totalmente necesario. Erasmo curándose en salud escribe, “ni se dan aquí estos preceptos en la idea de que sin ellos nadie puede ser bueno, pero si por ignorancia alguien peca, adviértelo”, añade (Erasmo, 1985: 77).

Repasa Erasmo el hombre exterior, en sus ojos; que han de ser “plácidos, pudorosos, llenos de compostura: no torvos, lo que es señal de ferocidad; no maliciosos, que lo es de desvergüenza, no errantes y volvedizos, que es signo de demencia; no bizqueantes que es propio de suspicaces...” (Erasmo, 1985: 27). Y para confirmar que la estética no es aquí sino una manifestación de la étic-

ca, escribe: “Y es que no en vano se ha dicho por boca de los antiguos sabios que la sede del alma está en los ojos *animi sedem esse in oculis* (ibíd., 20). Observa, luego, “las cejas distendidas, la frente alegre y despejada, las narices libres de purulencia, mejillas de pudor natural, la boca bien compuesta, la risa moderada, dientes limpios, cabello bien peinado, rodillas juntas y el andar no precipitoso”. Al referirse a la *indumentaria* o *vestimenta*, nos dice que “por él es dado deducir la traza del espíritu” —*licet habitum animi conicere*— (ibíd., 38), exigiendo limpieza y compostura; trata a continuación de las maneras en el templo con una pormenorizada exposición de cómo hay que seguir el ceremonial litúrgico: cuándo hay que arrodillarse, levantarse, santiguarse y orar, con la severa admonición del hombre interior: “Considera que en vano has entrado al templo si no marchares de allí mejor y más puro” (ibíd., 45); del punto XIV al XVIII, el más largo, expone Erasmo las buenas maneras en los convites, esto es, en la mesa: postura corporal, uso de las manos, manejo de utensilios en los diversos tipos de comidas y manjares, modo de beber el agua, vino o cerveza, modo de conversar en la mesa y aun de silencio, momento oportuno de levantarse y de decir la acción de gracias; el punto XVIII hace referencia a la manera de comportarse en los encuentros con personas mayores, padres, sacerdotes, y a las fórmulas de saludo y reverencias gestuales; el XIX, el más breve, gira entorno al juego, sus reglas y desprendimientos morales correspondientes; finalmente, versa el XX sobre el dormitorio, en el que debe reinar “silencio y vergüenza”.

Hay, de cualquier forma, en *De la Urbanidad en las maneras de los niños*, toda una pedagogía higiénica, de la conducta social y del gesto, donde *physis* (temperamento) y *psiquis* (carácter), son objeto de cultivo con pretensiones de concordia y armonía.

El *De civilitate* salió a la luz en 1530 y aunque no ha tenido traducción castellana hasta la excelente de García Calvo, vio ediciones latinas en 1544 y 1568 en Valencia y Barcelona, respectivamente; de cualquier modo, aunque con algún influjo en el *Estudioso de la aldea* del alcañizano Lorenzo Palmireno y mayor si cabe, en los *Diálogos* de Luis Vives, el *De Civilitate* ostentó, sin duda, menor difusión en nuestro país, que el *Cortesano* de Castiglione.

Erasmo aboga por una “educación para la paz”. A voz en grito y con pretensiones de audiencia: anuncia Erasmo en *Querela pacis* con entusiasmo “el mundo entero es la patria de todos nosotros” (Erasmo, 1964: 963).

Y es que los humanistas, en general, y Erasmo, en particular, defienden la paz de Europa. Claro que la idea de Europa en Erasmo es más moral que política; mas, en cualquier caso, pretende los Estados Unidos de Europa, basándose en el logro de la unidad en lengua, religión y cultura; tal unidad radica en el latín como lengua culta y en el cristianismo como religión única.

Erasmo, contrariamente a Maquiavelo, coloca lo europeo sobre lo nacional, formulando en *Querela pacis* y *Dulce bellum inexpertis* toda una teoría sobre el internacionalismo pacifista y aun sobre la concordia entre los distintos estamentos sociales, de los que no excluye a la Iglesia. Y no faltan apelaciones pacifistas a monarcas como Felipe el Hermoso en 1504, o Carlos V en 1516 en la *Institutio Principis*; o si se quiere, a prelados cual el obispo de Cambrai en 1514. Su lema tremendamente juicioso y lacónico reza así: “Una paz injusta es mejor que la más justa de las guerras”; y es aquí, donde reside la tesis de su teoría pacifista; teoría que ostenta como coordenadas analíticas, tolerancia y unión, y como guías de acción, justicia y razón.

A tal grado se eleva su convencimiento pacifista que exclamará en *Querela pacis*, si la guerra es inevitable, “hay que comprar la paz”. Paz religiosa, paz civil, paz familiar y paz del alma.

Mas no debe ser la fuerza, sino la justicia y la razón las que deben guiar las formas de gobierno; de ahí lo conveniente y necesario de educar al príncipe, que ha de gobernar en nombre de Dios y en paz.

Y si “la teología cristiana pone en Dios tres principales atributos: poder supremo, sabiduría suma, infinita bondad, este ternario debes reunirlos en ti”, le escribe al príncipe Carlos (Erasmo, 1966: 288).

El príncipe que ha de ser custodio de la monarquía y corazón sano que riegue las venas del cuerpo social con sabiduría y justicia, debe mantener siempre que pueda la paz de su pueblo. Y si ésta no es posible, no ha de seguir “lo que le dicta el enojo, sino lo que le aconseja la utilidad pública” (ibíd., 336).

Y para no “liarse en guerras ni obligarse con los más estrechos vínculos, de las alianzas o afinidades, porque la guerra siempre resulta calamitosa y mortal [...] será, pues, una parte de la sabiduría del rey conocer el carácter y las costumbres de todos los pueblos” (ibíd., 336).

“Lo que los príncipes deben procurar —resume Erasmo— es que, entre todos, se consolide una perpetua paz”; y ello no será posible, sin el renacimiento del cristianismo que ha de librar conflictos y guerras, al colocar la creencia en Dios a la altura de religión de la Humanidad, sin duda, en la línea del “Que todos sean uno” evangélico (*Querela pacis*, Erasmo, 1964: 964 y ss.).

Es así como Erasmo convierte la política en moral y el cristianismo en vehículo de concordancia y de paz, pues, *opus iustitiae pacem* (la paz es obra de la justicia).

Y al hilo de todo lo expuesto nos surge un interrogante, ¿acaso la producción intelectual de Erasmo está dirigida, con exclusividad, al hombre? La respuesta ha de ser necesariamente negativa, ya que no hay atisbos, siquiera, de misoginismo en la obra erasmiana; muy al contrario se observa una especial y delicada atención —a veces no lo parece— a la mujer y sus actividades.

Presente está la mujer y de qué modo! en *Encomium matrimonii* (1517), o *Elogio del matrimonio*, en *Institutio Christiani matrimonii* (1526), o *Acerca del matrimonio cristiano*; y, por supuesto, en *Vidua Christiana* o *De la viuda cristiana*; ninguna de ellas vio edición castellana —excepto *Vidua*, por Lorenzo Riber en 1964— aunque sí adaptaciones. Se tradujeron algunos capítulos, o con mayor precisión diálogos, de los *Colloquia*; sean el *Abbas et erudita* (*El Abad y la mujer instruida*), *Puerpera* (*Puerperio*) y *Uxor mempsigamos* (*Matrimonio*), con traducción de Alonso de Virués y denominación de *Colloquios familiares* (1527), y ejemplar en la Biblioteca Universitaria de Valencia (Erasmo, 1527).

Cualquiera que lea el siguiente texto, sin reflexión, puede caer en juicio erróneo respecto a la debida reverencia y consideración a la mujer por parte de Erasmo:

La mujer es un animal estúpido y sandio si los hay; empero, es complaciente y cariñosa, y en el hogar de los

mortales suaviza y endulza con su sandez la natural brusquedad que lleva consigo la índole varonil. Platón, al vacilar entre incluir a las mujeres en el rango de los animales racionales o en el de los brutos, no hizo sino señalar la insignificante sandez de ese sexo. Cuando una mujer quiere sentar plaza de lista, sólo consigue poner más relieve su sandez; [...] A pesar de todo esto, no creo que las mujeres sean tan sandías que se ofendan porque yo les reproche su locura, ya que yo soy también mujer y la misma Sandez en persona (Erasmo, 1936: 53).

Esta aparente misoginia desaparece al advertir qué entiende Erasmo por "moría"; este vocablo griego se traduce como, "simple", "intranscendente", "sandío", mas nunca por "tonto" o "loco"; razón filológica que conduce a Erasmo a afirmar que "la sandez goza de los favores del cielo". Toda la apología de la sandez la basa Erasmo en las siguientes premisas: "No da lugar a engaño"; es "capaz de divertir"; "luce las galas del ingenio"; "habla espontáneamente". Y, en cualquier caso, y para quien piense que lo expuesto es fórmula del quedar bien, Erasmo advierte: "Se puede ser todo lo sandío que se quiera con tal de ser capaz de reconocerlo" (Erasmo, 1936: 38). Y no sorprende, por tanto, la afirmación del *Elogio*, de que la sandez "es necesaria para que la mujer soporte al marido y el marido aguante a la mujer y que la casa esté tranquila y que en ella reine la paz doméstica" (ibíd., 56). Todo esto escribe Erasmo en 1511, y, a fuer de ser sinceros, hay que manifestar la evolución del pensamiento de Erasmo en la consideración de la mujer en años y obras posteriores.

El soportar y aguantar se convierten en amar y respetar. Así en *De matrimonio Chirsitiano*, dedicado a la ínclita reina de los ingleses Catalina, "matronarum decori" anuncia con rotundidad: "No hay matrimonio si no hay consenso conyugal de las almas *Non enim est matrimonium nisi connubialis animorum consensu intervenerit* (Erasmo, 1650: 13). Y es que en el matrimonio hombre y mujer deben ser una sola cosa, lo mismo que Cristo y su esposa la Iglesia, "unum sunt", son uno; y si la Iglesia, esposa, ama tanto a Cristo, esposo, que lo reverencia, de igual modo ha de suceder con la esposa y su marido; amén de la obediencia que

aquella debe a éste, su cabeza, ya que "caput enim uxoris vir est". No acepta Erasmo el matrimonio "por palabra de presente, pues, esta opinión no la confirman ni el sentido natural, ni las leyes antiguas, ni el mismo Moisés, ni la doctrina evangélica o apostólica". Para acceder al matrimonio conviene —sigue en esto a Aristóteles—, que el hombre tenga treinta y seis años y dieciocho la mujer. Basado en el amor, el quid de la perduración matrimonial radica en "hacerse a las costumbres del otro", y, "poner todas las fuerzas para que entre el marido y la mujer cuaje y tome fuerzas el amor"; es necesario alimentar el amor y a la mujer corresponde, en todo caso, reconquistar al marido.

Erasmo es en esto tajante, porque lo esencial del matrimonio "est animorum conjunctio" y si falta el amor o unión de las almas, "in stupro vivunt", se vive en estupro (Erasmo, 1650: 10).

La mujer sabe que arriesga su libertad, dada la dificultad de vida en pareja, la prueba de los hijos y aun la posible viudedad. Más, si "la unión es más de alma que de cuerpos... no es óbice para engendrar hijos para la República y para Cristo". Y es que para Erasmo el matrimonio está sobre el celibato. Llegados los hijos, a la madre corresponde la primera educación, antes de buscar un preceptor experto en las disciplinas y de buenas costumbres: "verum etiam in moribus".

Parte Erasmo de la capacidad de la mujer para educar y así se lo reconoce a Catalina de Aragón respecto de su hija María: *¿Quid enim non expectemus a puella sanctissimis prognata parentibus, et sub tali matre educata?* (¿Qué no se puede esperar de tal hija con tales padres, y por tal madre educada?) (Erasmo, 1650: 2).

Es más, dirá en *Coloquios* por boca de Sofía, "ninguna diferencia hay entre hombres y mujeres, por lo cual si a los dotes naturales miramos, no menos somos las mujeres, y a imagen de Dios, que los hombres" (Erasmo, 1527, g. 4).

Y en *Abbas et erudita* o de la Sabiduría, coloquio en defensa de la mujer culta, se hace toda una apología de la mujer instruida y de su inteligencia.

Discurre el diálogo entre Antonio, el abad, que descuidando sus obligaciones, sólo piensa en comer, beber y vivir lejos de los libros, y, Magdalia, mujer culta, con dominio del griego y del latín, y con un amplio abanico en la lectura de autores. El diálo-

go es tan jugoso y significativo, respecto a la educación de la mujer, que bien merece un apunte:

- *Antonio*: Porque no veo por aquí sino libros.
- *Magdalena*: ¿Cómo, y de eso te maravillas siendo ya hombre anciano y abad que has frecuentado ciudades y cortes y nunca viste libros en las casas de las nobles mujeres?
- *Antonio*: Sí he visto, pero en romance, mas aquí veo libros latinos y aun griegos.
- *Magdalena*: ¿Parecete a ti que sólo los libros de romance pueden hacer a las mujeres sabias?
- *Antonio*: No, pero los tales libros asientaseles bien a las señoras para que tengan algún pasatiempo.
- *Magdalena*: Y no ha de haber otras que gocen de ese pasatiempo y del saber? (Erasmo, 1527, fol. r1j).

Así va transcurriendo el diálogo, discurriendo en torno al placer de vivir, al concepto de sabiduría, que radica “en los bienes del ánimo y riquezas del espíritu”, así como en el ejercicio de las letras por parte de la mujer; oficio éste que se practica en España e Italia, donde hay mujeres “tan sabias que no concederán en la lengua latina ventaja a los varones”. Al fin, concluye Erasmo con la admonición profética siguiente: “Y si los hombres no tornais por las letras a tiempo, ha de venir que las mujeres leamos en las escuelas y prediquemos en los templos” (ídem).

Reconocidas sus facultades y su saber, a la madre corresponde, cual se dijo, la educación de los hijos; mas, ¿basándose en qué principios, y con qué procedimientos? *Aristóteles*, *Aulo Gelio* y *Plutarco* son sus modelos, y la respuesta al interrogante. En efecto, parte Erasmo de la temprana capacidad del niño/a para aprender, fijando la edad de los siete años para el inicio. El *verum educatio superat omnia* es la idea fuerza de toda la educación maternal. Y este “poderlo todo” de la educación debe dar comienzo por la educación corporal, que tiene su arranque en el derecho del infante a la leche materna, a no ser que lo impida la naturaleza. “Nihil tamen praeter naturam esse, quam ut mater quod genuit recuset alere” (Erasmo, 1650: 399). La educación no debe proceder contra lo natural; en todo caso debe dirigirlo, cultivarlo y modificarlo cuando proceda, y todo ello mediante “...natu-

ra, ratio et usus sive exercitatio”, o naturaleza, razón y ejercicio, cual ya manifestó Erasmo en *De pueris* y vuelve a confirmar en *De matrimonio Christiano* (ibíd., 400), con algunas variantes en su concepción significativa: La naturaleza es entendida “como aptitud para aprender” –*aptitudinem quaendam ad discendum*–; la razón no sólo está constituida por avisos y preceptos, sino que manifiesta qué hay que procurar y de qué hay que huir –*quid expetendum, quid fugiendum*–. El ejercicio o uso convierte aquello que está ordenado en hábito –*usus ducit in habitum id quod praescriptum*–.

Con estas herramientas la madre, cual agricultor –símil muy repetido por Erasmo– cultivará, alimentando, cuidando, podando ese tierno árbol que es el niño para que crezca sano y recto. A todo este proceso lo denomina Erasmo, cultivo de la naturaleza del niño; y nada escapa a su acción previsor: los cuidados han de extenderse al alimento, en sus circunstancias del qué, cuánto y cómo; a la bebida; al sueño; a los movimientos o actividad; al vestido, etc. Y, advierte a la madre que en estos menesteres educativos se puede pecar por exceso y por defecto, en cantidad y en calidad, criticando con dureza el uso de fajas en los niños, y, sobre todo, en las niñas que es mucho más cruel –*idem crudius etiam fit in puellis*– (Erasmo, 1650: 407).

En el *De pueris*, sintetiza Erasmo todo el quehacer de la educación corporal, con los usos y costumbres, indicando su acción benefactora:

Cuánto interés pone la generalidad de las madres porque el niño no salga bisoño o con las mejillas caídas, o con el cuello torcido, o con joroba, o patituerto, rompiendo la bella proporción de la figura humana. A este fin, aparte de otros recursos, acostumbran valerse de fajas y de bandas o vendajes para mantener tiesos los carrillos. Mientras, tiénesse cuenta con la leche, con la alimentación, con los baños, con el andar, medios todos estos con los que se procura la salud de los niños, según enseñaron los médicos en numerosos tratados y de una manera especial Galeno. A esta diligencia, no le difieren hasta los siete o los diez años, sino que, apenas salido el infante del claustro materno, hincan la mano en esta tarea. Y hacen bien puesto que hartas veces la infan-

cia descuidada entrega a los hombres a una senectud enfermiza y cargada de achaques, si acontece que lleguen a conseguirla (Erasmo, 1964: 922).

Y tras la educación corporal, la intelectual y moral, a cargo de un preceptor de buena erudición y mejores costumbres —*eruditio, sed multo magis integritas*—; y, si la niña pertenece a la nobleza, desde que empiece a hablar, y con esmero, hay que educarla en las costumbres cortesanas —*fingebatur ad mores aulicos*— (Erasmo, 1650: 410). Todo el proceso educativo, de cualquier modo, debe llevarse a cabo, “moderata represione”.

Especial atención se presta a la virtud que ha de practicar y vicios que ha de evitar la joven, haciendo especial hincapié —en la línea del *maxima debetur puero reverentia*— a la *mujer exterior*, en sus vestidos, afeites, conducta social..., y, a la *mujer interior*, para la que solicita, pudor, modestia y piedad (ibíd., 416). Da normas para las lecturas de la mujer, excluyendo aquellas que empañen el pudor femenino, si bien el abanico es amplio contando con los autores clásicos, cual se recuerda en el aludido diálogo del *Abbas et erudita*. Erasmo es casi siempre condescendiente con la mujer, y, sobre todo, con la mujer caída; en la relación sexual siempre está del lado de la mujer; acepta el divorcio en circunstancias justificadas, solicitando indulgencia a la Iglesia, en estos casos, cual pone de manifiesto en *Anotaciones a la primera carta a los Corintios*; se muestra contrario a la celebración del matrimonio si alguno de los pretendientes es sifilítico; y, no es partidario, del voto de castidad de los sacerdotes; sí, en fin, de la maternidad de la que todo el “*Puerperio*” es una apología.

4.3. De la filología a la pedagogía didáctica

Con anterioridad se explicó, cómo el Humanismo empezó siendo un fenómeno literario con ediciones de autores clásicos latinos a partir de 1470, y, un poco más tarde —con alguna excepción— de los clásicos griegos, tal y como confirma la edición de Platón en su original griego en 1513, si bien Isócrates vio ya edi-

ción de Milán en 1493. Algo debió de contribuir a este retraso la falta de tipografía griega hasta Aldo Manucio (†1515), que monta una imprenta específica para obras griegas en Venecia de 1494 a 1511.

Amigo de Aldo será Erasmo, quien tras aprender griego con Jorge Hermonyque y perfeccionarlo en Italia, pasará a Venecia en 1506 donde establece una estrecha amistad intelectual con Aldo, junto al que lleva a cabo una serie de ediciones de obras clásicas griegas, la cual ha puesto de manifiesto G. Orlandi en *Aldo Manucio editore* (1975).

Así en 1505 y con el desagrado eclesial revisa y dirige la impresión de las *Anotaciones in Novum Testamentum* de Lorenzo Valla, con un tratamiento crítico-filológico común y no religioso.

A su disposición tiene Erasmo en Venecia la nada despreciable biblioteca de Aldo Manucio. Impregnado del espíritu de la Antigüedad clásica, reedita sus *Adagios* y escribe un folleto en torno a la pronunciación griega erasmiana, posterior, por supuesto, a la de Nebrija.

Y de Venecia a Basilea con el editor Fröben. En Basilea edita Erasmo el *Nuevo Testamento* en griego (1526), así como la serie de Santos Padres: Cipriano (1520), Hilario (1523), Ambrosio (1527), Agustín (1528) y Juan Crisóstomo (1530); luego vendrá la *editio princeps* de Ptolomeo (1533).

Y surge un interrogante, ¿por qué este estudio tardío del griego por parte de Erasmo? La respuesta es doble: para poder estudiar, en su original, los Padres Griegos; y, sobre todo, para volver a las fuentes bíblicas del cristianismo.

Padre del helenismo moderno, Erasmo busca en el mismo, sabiduría que le permite expresar su pensamiento teológico, formular la educación del hombre laico, y conocer la sociedad y costumbres de la literatura griega.

No es casual que tras su dominio de la lengua griega, su latín sea más perfecto. Contra el formalismo gramatical del latín luchará en su *Ciceronianus*, si bien coloca la palabra sobre la cosa, y el hecho sobre la experiencia. En todo caso, la Antigüedad clásica le proporciona el binomio “comunidad espiritual” y “forma de vida”, en la perspectiva de una formación integral, rechazando el abuso que no el uso de la antigüedad.

Como filólogo latino edita, de 1515 a 1533, a Suetonio, Quinto Curcio, Cicerón (*De officiis* y *Tusculanas*), Tito Livio, Plinio el Viejo y Séneca.

Petitmengin ha advertido, modernamente, de los modos de estudiar la actividad de Erasmo como editor de textos antiguos. Erasmo está en la convicción de que el estudio de las *bonae litterae* de la Antigüedad clásica, forman la inteligencia y personalidad del sujeto-educando; razón por la cual se detiene en su obra pedagógica, especialmente en *De pueris* y *De ratione studii*, en una cierta "normativa" del *cursus* del acto didáctico.

Así, al referirse al alumno, expresa la necesidad de iniciar su educación tempranamente, "cuando todavía su ingenio está exento de cuidados y de vicios, cuando su edad es blanda y maleable, cuando su ánimo ágil se adapta dócilmente a cualesquiera enseñanzas y las retiene con indeleble tenacidad" (Erasmo, 1964: 919). Iniciada su educación a los siete años, habrá que conocer sus aptitudes, "pues la Naturaleza dotó de una peculiar habilidad a los pequeñuelos", y adaptarse a ellas acomodando la doctrina a su edad. Erasmo trae el símil de Quintiliano "del cuello estrecho de la botella" y la necesidad de adaptarse a él, para no arrojar el líquido fuera y desperdiciarlo, pues, "los ingenios infantiles mediante disciplinas asimilables y proporcionadas a su capacidad, explicadas gradualmente y como por juego, paulatinamente se van acostumbrando y ascendiendo a otras más altas" (Erasmo, 1964: 952).

No dedica menor espacio y tiempo a la actividad y cualidades que deben adornar al maestro: el preceptor, ante todo, debe ser "persona culta y de probidad", que lo sepa todo y si no es posible, "al menos debe conocer lo fundamental de cada una de las disciplinas" (ídem, 448); a la hora de enseñar, lo hará "con suavidad y comedimiento", amenizando la lección de tal modo que le haga olvidar al alumno "la violencia del esfuerzo," y aun que llegue a amar al maestro; no descuida Erasmo ni siquiera el sueldo que ha de percibir, criticando que se pague más "al que cuida sus recuas que al director espiritual de su hijo" (ídem, 332).

En lo que atañe a la escuela, Erasmo solicita que sea pública, pues no se puede entregar "a los hijos a alguna mujerzuela borracha a fin de que los inicie en la lectura y en la escritura". No es;

ciertamente, óptimo el concepto que de la escuela de su tiempo manifiesta, a la que se refiere como "prisión por el crepitar de las férulas, por el estrépito de los palos; allí dentro —advierte— no se ve nada, sino llantos y quebrantos y amenazas espantables" (ídem, 943-944). Su juicio se torna más severo en *Elogio de la Locura*, donde suscribe afirmaciones como ésta: "¡qué digo escuelas; más parecen muladares o calabozos!, y rodeados de un montón de chicos que les hacen envejecer antes de tiempo a fuerza de cansancio y del aturdimiento de sus gritos, amén de los hedores que exhalan por su falta de limpieza"; y un poco más adelante refiriéndose a los maestros anota: "Hay que verlos cuando con la palmeta, las disciplinas o la varilla abren las carnes a los desdichados y con razón o sin ella les hacen víctimas de sus rigores o despotismo. Viéndolos no hay más remedio que recordar al asno de Cumas vestido con la piel del león" (Erasmo, 1936: 99).

A la didáctica del *currículum* o materias de enseñanza, dedica Erasmo una buena parte del *De pueris* y del *De ratione studii*. Es aquí donde formula sus axiomas pedagógicos respecto al *cursus* de las diversas materias escolares: "A primera vista parece que es doble el conocimiento de las cosas y de las palabras. El primero es el de las palabras; pero el más importante es el de las cosas. Algunos, empero, mientras a vuela pie, como se dice, se apresuran a conocer las cosas, descuidan el aliño y la policía de las palabras, toman un atajo barrancoso y sufren quebrantos muy sensibles. Como sea que las cosas no se conocen sino por los signos de las voces, el que desconoce la eficacia del lenguaje a cada paso anda a ciegas en el juicio de las cosas, y es fuerza que sufra alucinaciones y delirios" (Erasmo, 1964: 445).

La facultad del habla, que "se adquiere con la práctica" en el orden curricular, es la primera que hay que educar; le siguen lectura y escritura, para cuyo aprendizaje sugiere —en aras lúdicas— ciertos procedimientos retomados de Quintiliano: "Algunos dieron la forma de las letras a pequeños pastelillos de los que la niñez acostumbra a ser golosa [...] al muchacho que acertaba el nombre de la letra, su pequeño premio era la misma letra; labraban sus figuras —dice— para que el niño jugase con ellas en marfil o la materia que fuese, porque esa edad tiene particular afición a esos jueguecillos". Otros, sin embargo, se sirven de flechas en las que

se pintan las letras del alfabeto, tanto griegas como latinas: "Cuando ponía la flecha donde había puesto el ojo al dar en el blanco y pronunciar el nombre de la letra, constituía el pequeño galardón una cereza o cualquier otra cosilla de las que hacen las delicias de los niños. El fruto de este juego será más abundante si admites en la competencia dos o tres chicos de igual edad. La ilusión de la victoria y el sonrojo del vencimiento les hace más atentos y más ganosos" (Erasmus, 1964: 955).

Luego vendrá la gramática, eje vehicular del currículum, y el estudio práctico de algunos autores. "Ebrardo, Catholicon, Brachilogo, y todos los demás que ni puedo ni vale la pena enumerar; déjalos", le dice a su discípulo Cristian Northoff en 1497.

En toda lección gramatical, debe partir el preceptor por captar el interés del alumno; demostrar los méritos del autor y la utilidad del argumento; explicar el contenido; atender el estilo: "Establezca luego la comparación de pasajes paralelos en otros autores: su diferenciación, su afinidad, el remedo, la alusión, la traslación, su coincidencia en el lugar de donde lo tomaron y cómo muchas cosas latinas tienen su origen en las griegas; eso tampoco lo calle. Finalmente, pase a la filosofía y acomode hábilmente a las costumbres las fábulas de los poetas" (Erasmus, 1964: 444).

En la ya aludida epístola a Cristian Northoff, sintetiza Erasmus toda su didáctica del aprendizaje. He aquí alguno de sus preceptos dispuestos por nosotros en su enumeración: a) "aprender sea para nosotros un juego"; b) "debes aprender enseguida y muy deprisa los conocimientos más excelentes"; c) "hay que distribuir los trabajos según las horas del día"; d) "comienza por escuchar al maestro mientras explica, no ya con atención sino con avidez"; e) "conserva en la memoria cuanto dijese, mas lo importante lo mandarás a tus notas"; f) "para que lo oído no se te marche, vuelve a repararlo, contigo o con otros"; g) "no te avergüences de preguntar si en algo dudas, ni tampoco de ser corregido si erraste"; h) "evita estudiar nocturnamente o a horas intempestivas por ser nocivo para el espíritu y para la salud"; i) "la aurora es amiga de las musas, y adecuada para el estudio"; j) "al aproximarse el momento de dormir, lee algo exquisito y digno de memoria, para que el sueño te invada pensando en ello, y al despertarte lo vuelvas a tener presente" (Américo Castro, 1972: 128-29; y Erasmus, 1532).

Por lo demás, el juego, el trabajo adaptado a las aptitudes del educando y la amonestación razonada, es toda la disciplina que propone Erasmo: "Vuestro palo sea un aviso comedido y, a veces, una reprensión, pero sazónada de mansedumbre, no de ajenjo. No dejemos caer de la mano este azote, y a su asidua enseñanza aveceamos a nuestros hijos, a fin de que, instruidos como cumple, tengan en casa razón de bien vivir, y no se vean obligados en la vida práctica a mendigar consejo de sus vecinos" (Erasmus, 1964: 949).

Importa advertir la ausencia de las ciencias físicas en el currículum, y aun el carácter eminentemente sermocinal del mismo, convencido como está de que la cultura se mueve en códigos gramaticales, no exentos de crítica y filología.

4.4. Erasmo en España

"Para esta sesión estaban convocados los sabios más descolados de toda España y el hombre más limpio de pasión, Virués, erasmista nato. Pienso que no faltarán Coronel, Lerma, Dionisio, adictísimos a tu causa, que es serlo de la verdadera piedad y erudición. Asistirán también los obispos que hallo enviará el César. Yo expliqué esto con todo detalle. Con posterioridad recibí carta de Vergara, Escepero y Virués" (Vives, 1978: 473).

Esto escribía Vives a Erasmo en 1527, con ocasión del proceso promovido por la Inquisición en España contra él y su obra, de la mano de los frailes mendicantes.

La causa del proceso la anota, también, Vives cuando escribe: "Pienso que todo este bullicio ha sido provocado por la versión romanceada de tu *Enquiridion*; pues si él llega a manos de muchos hombres, como tengo entendido, los frailes perderán mucha de su antigua tiranía. Y tal vez ha comenzado a suceder" (ibíd., 467).

Y conociendo el "ambiente" a través de sus correspondientes añade Vives: "Nunca tuve mayor esperanza de que nuestra España llegue a conocerte y entenderte". Este deseo de conocimiento y entendimiento de la obra de Erasmo fue, en España, privilegio de pocos. Me explico: nuestro país conoce el *Enquiridion*

(1526), en traducción de Alonso Fernández de Madrid; el *Concio de Pueri Ihesu* (1516), traducido por Diego de Alcocer; la *Querela pacis* (1529), vertida al castellano por Diego López de Cortegana; los *Coloquios* (1528), traducidos por Alonso de Virués y la Declaración del *Pater Noster* (1528), por Bernardo Pérez Chinchón. Y de 1516 a 1530 verán la luz en España diecinueve obras de Erasmo. Las más conocidas —no sé si entendidas— fueron el *Enquiridion* y, los *Coloquios* de atender a la literatura sobre espiritualidad del momento, y por supuesto, a la correspondencia epistolar entre los humanistas. En todo caso, el influjo del erasmismo, siendo cierto, no fue tan amplio como, a veces, se nos ha aseverado.

Los estudios de José C. Nieto —*Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*— nos advierten de la tendencia a incluir en el erasmismo lo que con frecuencia es luteranismo o valdesismo.

De cualquier modo, amén de la nómina ofrecida por Vives en la que sobresalen Pedro de Lerma (†1541), profesor de la Universidad de Alcalá, exiliado en París y Juan de Vergara (†1545), converso, canónigo de Toledo y autor del *Tratado de las ocho cuestiones del Templo* (Toledo, 1552), hay que anotar, además, a Alfonso de Valdés (†1532), secretario de Carlos V, viajero por los Países Bajos, Alemania y Viena, donde muere, que nos dejará su notable *Diálogo de Mercurio y Carón*; a su hermano Juan de Valdés (†Viena, 1541), acompañante de Carlos V, archivero en Nápoles (1533), residente en Roma (1531), creador del valdesismo o doctrina de la reforma de la Iglesia cristiana de su tiempo y autor de *Diálogo de la doctrina cristiana* (1529), *Alfabeto cristiano* (1536) y *Diálogo de la Lengua* (1535).

Con menos ruido, mas no con menor fervor literario, habrá que incluir en la nómina del erasmismo hispano o movimiento espiritual y de renovación, donde se mezcla humanismo con moralismo místico y apelación a la vida interior, a Alonso Fernández de Madrid (†1559), traductor —cual se dijo— del *Enquiridion*; a Alonso Ruiz de Virués (†1545), predicador de Carlos V y traductor de los *Coloquios*; a Cristóbal de Villalón (†1580) que nos dejó obras como *El Escolástico* y *El Crotalón*; a Juan Maldonado, comentador de los comuneros de Castilla en *De motu hispaniae*, corresponsal de Erasmo y autor del *De facilitate christiana* y *Pastor bonus*; a Pedro

Juan Oliver (†1553), valenciano y discípulo de Lefèvre d'Étaples en París, viajero obligado por Inglaterra, Francia y Países Bajos, corresponsal de Erasmo y autor de *Annotationes in Ciceronis opus de finibus bonorum et malorum* (1544) y *De prophetia et spiritu prophético* (1543), publicados en Basilea; y, en fin, a Diego Gracián de Alderete, secretario de Felipe II; a Martín Población; a Sancho Carranza de Miranda o a Miguel Eguía. La nómina podría alargarse atendiendo a los diversos procesos, pues como escribe Vives a Erasmo en mayo de 1534, “corremos tiempos en los que ni hablar ni callar podemos sin peligro. Han sido presos en España, Vergara y su hermano Tovar *con algunos otros muy doctos*”. (El cursivado, referido a mayor número de erasmistas, es nuestro).

El erasmismo hispano en el que se refugian alumbrados, luteranos y valdenses, en sus procesos con la Inquisición al ser menor la pena por erasmista, encontró tierra abonada en el movimiento espiritual de alumbrados, y, cómo no en el prestigio intelectual de Erasmo como filólogo y humanista cristiano con su *philosophia Christi*. A tal alude la Carta de Vergara a Luis Vives de 6 de septiembre de 1522 en estos precisos términos: “Es pasmosa la admiración inspirada por Erasmo a todos los españoles sabios, ignorantes, hombres de Iglesia y laicos”.

No faltaron opositores al erasmismo amén de los frailes aludidos. Antierasmistas fueron Juan Ginés de Sepúlveda, Pedro Ciruelo, y sobre todo, Diego López de Zúñiga, que publicará contra Erasmo en 1520 sus *Annotationes contra Erasmum Rotterodamum in defensionem translationis Novi Testamenti*, y que Erasmo debió tener en septiembre de 1522 según la anotada carta de Vergara a Vives: “A punto ya de embarcar para España entregué otro fajo para ti con otra carta para Erasmo, y el opúsculo de Zúñiga *De las impiedades y blasfemias de Erasmo*” (Erasmo, 1978: 273).

Miguel Avilés ha sacado a la luz en *Erasmo y la Inquisición* (1980: 51) el libelo de Valladolid, *Proposiciones de Erasmo*, traducción del original *Propositiones Erasmi*, que también se reproduce, así como la *Apología ad monachos hispanos* que Erasmo escribe, según confesión propia, para corresponder a la generosidad del Inquisidor General Manrique, para dar satisfacción a sus doctos amigos y para aplacar a sus adversarios. La *Apología*

es toda una respuesta reflexiva a las imputaciones que se le achacan en torno a los Sacramentos, la Sagrada Escritura, el honor de la Virgen, la Trinidad, la autoridad pontificia y demás acusaciones de los frailes antierasmistas (Avilés, 1980: 51-106). No prohibirá la lectura de las obras de Erasmo la Conferencia de Valladolid de 1527, y sí el *Índice de libros prohibidos* de abril de 1559.

Basten estas líneas, en todo caso, como referencia del erasmismo en España, y el lector hará bien en acudir a los notables estudios en torno al mismo de Bonilla y San Martín (1907), Renaudet (1912), Bataillon (1937) o Asensio (1952).

5

Luis Vives o la nueva concepción de la educación

5.1. Vives como intelectual y humanista

Aun siendo valenciano de nacimiento (1492), Luis Vives es ante todo europeo; de toda su trayectoria vital únicamente residirá en Valencia diecisiete años, los correspondientes a su formación primaria y secundaria.

Quizás el hecho merezca la insistencia. Tras los paréntesis de formación en París (1509-1514) y el áulico londinense (1523-1528), el resto de la vida de Vives transcurre en ciudades (Brujas, Lovaina, Amberes, Gante...) pertenecientes a España cuando trabaja y reside en ellas. Gobernadas están, en efecto, por Margarita de Austria (tía de Carlos V) y más tarde por su hermana Margarita de Hungría.

El itinerario de resignación —tras los acontecimientos familiares— es paralelo a la edad y al tiempo transcurrido; las respuestas, meditadas y, en ocasiones, abstractas. Su madre, Blanca March, sufrió expediente inquisitorial el 17-XII-1487 y, *post-mortem* el 13-XI-1529, siendo condenada su memoria y fama y sus huesos a ser exhumados y quemados como *ficta confessa*. El padre, Luis Vives Valeriola, será condenado a relajación e incautación de sus bienes por sentencia de 6 de septiembre de 1524, y quemado no mucho más tarde.

El 25 de enero de 1525, en carta al juriconsulto Francisco Cranevelt, Vives se muestra crítico y ofendido por la actitud injus-